

Centroamérica, misión jesuita mexicana (1914-1937).

A los cien años

Jesús M. Sariego, S.J.

...La Revolución ha triunfado plenamente y con ella, los ideales anti-religiosos verdaderamente jacobinos, sin esperanza humana de aplacar su ira. De tejas abajo, es un desastre para la Religión y la Compañía... Ha salido una expedición de cinco Padres y dos Hermanos a la República de El Salvador con la comisión de explorar la América Central y ver si en ella se puede salvar a los menos parte de la Provincia ¹.

Como hemos analizado en otra ocasión², con el triunfo del liberalismo en 1870 en Centroamérica, los jesuitas fueron desapareciendo del istmo. Primero, en 1871, la expulsión se produjo en Guatemala, El Salvador y Honduras. En 1881, diez años después se repetiría en Nicaragua el obligado éxodo, casi violento, bajo el gobierno del Presidente Zavala y tres años más tarde en Costa Rica, con el del liberal Próspero Fernández. Incluso en Panamá, donde no parecían existir obstáculos políticos a la presencia de la Compañía de Jesús, y cuya residencia había sido estación de paso para muchos de los desterrados en camino hacia el Sur, los

¹ Archivo Romano de la Compañía de Jesús (ARSI). Mexicana 1003-XII, 11. Carta del P. Marcelo Renaud, Provincial de México al P. General. Veracruz, 16 Agosto 1914.

² Sariego, Jesús M. "Aquellos tenaces misioneros proscritos. Los jesuitas en la Centroamérica moderna (1842-1896)", *Estudios centroamericanos, ECA*, N°. 724, 2011, págs. 49-72. El presente artículo guarda cierta continuidad con dicho escrito así como con el que se ocupa de la etapa colonial jesuita en Centroamérica, "Evangelizar y educar. Los jesuitas de la Centroamérica colonial", *Diakonia*, 111, Julio-Septiembre 2004, Managua, Págs. 459-469.

jesuitas no pudieron sobrevivir al deseo del Obispo J. Alejandro Peralta de entregar el templo de San Francisco que regentaban a los PP. Escolapios ya que ellos prometían hacerse cargo del Colegio que tanto deseaba el Arzobispo poner en marcha. A la vista de las dificultades para conseguir una nueva ubicación, los superiores de Colombia decidieron en abril de 1896 trasladar la pequeña comunidad panameña a Cartagena.

Con la salida de Panamá, la Compañía desaparecía temporalmente de toda Centroamérica por casi veinte años. La mayoría de esta generación de jesuitas, probada por las persecuciones y el destierro, terminó dispersándose por las Antillas, América del Sur y Europa. El grupo más numeroso pasaría a pertenecer jurídicamente a la Misión de Colombia, que era parte de la Provincia española de Castilla, hasta que, por decisión del P. Ledochowski, se constituiría el 8 de diciembre de 1924 como la Provincia independiente de Colombia.

Es verdad que con el nombramiento de Javier Junguito como Obispo de Panamá, los jesuitas regresaron a Panamá y restablecieron una residencia (1902) un año antes de que el país alcanzara su independencia de Colombia. Pero en Panamá no pasaron de ser un grupo muy reducido que no contaba con grandes instituciones propias.

Por eso podríamos decir en justicia que la siguiente etapa de presencia significativa de la Compañía en Centroamérica,- la tercera en la historia,- se iniciará, el 18 de Agosto de 1914 en El Salvador cuando un puñado de jesuitas mexicanos, en tiempos de difícil persecución para la Iglesia, desembarquen en Acajutla llamados por el Arzobispo de San Salvador, Antonio Adolfo Pérez y Aguilar. Con algunas excursiones apostólicas esporádicas a Guatemala, Honduras y hasta Costa Rica, desde El Salvador se extenderían a Nicaragua, y en ambos países consolidarían diversas obras apostólicas, hasta que, ya con los vientos más favorables para el trabajo jesuita en México y con la posibilidad de hacer llegar a quienes radicaban en Europa y USA, los superiores mexicanos solicitaran al P. General que otra Provincia, la de Castilla, se hiciera cargo de este territorio que se convertiría en Vice-Provincia dependiente de Centroamérica desde el 7 de febrero de 1937. En el pensar de los Provinciales jesuitas mexicanos, el territorio de Centroamérica incumbía a la jurisdicción de la Provincia

castellana desde el tiempo de la restauración de la Compañía y sólo por las expulsiones liberales del XIX, se había visto obligada a abandonarlo.

Celebrando precisamente en estos días los cien años de la llegada de estos generosos misioneros de la Provincia mexicana a El Salvador y Nicaragua, además de ofrecer un caluroso homenaje a esta valiente generación prácticamente desaparecida, estas páginas pretenden describir, aunque someramente, "los trabajos y las cosas" de este valeroso grupo de compañeros en las tierras de Centroamérica de 1914 a 1937. Creo que es honesto decir que, a diferencia de la persecución liberal que acabó con la herencia de la Compañía, expulsando a los jesuitas y expropiando todas sus obras apostólicas, este cuarto de siglo de presencia de los jesuitas de México, puso las bases sólidas a nivel apostólico y comunitario, de lo que años más tarde se convertiría en la Provincia Centroamericana de la Compañía de Jesús.

No nos ocuparemos en esta ocasión del trabajo jesuita en Panamá en estos años, -por lo demás muy interesante por el clima de su independencia y la apertura del Canal en que se llevó a cabo-, por haber sido parte de la Misión colombiana, y de la Provincia de Castilla durante este tiempo. Los jesuitas que trabajaban en Panamá vivieron un proceso jurídico y apostólico diferente que merecería un tratamiento aparte, hasta que en 1937 fueron anexados a la nueva Viceprovincia Centroamericana.

El avance de la revolución mexicana

Como en muchos otros pasajes de la historia jesuita en Centroamérica, casualidades y, sobre todo, providencias de Dios hicieron posible el regreso de la Compañía de Jesús a la región. La primera de ellas, la difícil situación de los jesuitas en México durante el año 1914 en pleno avance de la revolución mexicana. Desde el 31 de Julio de 1913 gobernaba la Provincia de México, el P. Marcelo Renaud, francés, formado desde el Noviciado en México y Rector hasta entonces del Colegio de Guadalajara. La Provincia contaba entonces con 361 miembros, de ellos 210 mexicanos, y 22 comunidades, así como, cerca de 1.200 alumnos en sus cuatro Colegios, atención a seminarios, Templos y residencias, casas de Ejercicios, una importante presencia en el mundo obrero y las misiones en el territorio Yaqui, en Quintana Roo y la Tarahumara.

En los días en que Renaud asumía el Provincialato, el Presidente Huerta debía defenderse tanto del sector más conservador liderado por el *Partido Católico* como del *carrancismo*, que reunía a todos los afiliados al famoso Plan Guadalupe (Marzo de 1913) encabezados por Venustiano Carranza, gobernador de Coahuila y que con apoyo del gobierno norteamericano, trataba de aunar el esfuerzo de todos los caudillos revolucionarios del centro y norte del país para derrocar al presidente Huerta.

Ya en la presidencia de Madero,- por cierto ex alumno de los jesuitas en Saltillo,- era evidente el rechazo a la Compañía de parte del sector más avanzado del liberalismo, especialmente expresado en el famoso "*Diario de Hogar*". Los jesuitas eran vistos como signo de la oposición al liberalismo progresista por controladores de las voluntades. En Enero del 1914, los Obispos mexicanos habían invitado a los católicos a participar en diversas ciudades en un homenaje especial a Jesucristo Rey para exaltar la presencia de la Iglesia en la sociedad y el respeto a la fe popular en medio de las tormentas políticas que se vivían cargadas de anticlericalismo. En varias de las manifestaciones que rodearon estos eventos, sobresalieron jesuitas como oradores. Más que un apoyo al presidente Huerta, los jesuitas demandaban libertad religiosa, educación cristiana y reconocimiento de los derechos de la Iglesia.

De parte de los líderes y combatientes de la Revolución, sobre todo en el Norte, el rechazo a la Iglesia y lo clerical era aún más visceral. De modo especial se exacerbaba contra los extranjeros y en algunos casos, explícitamente contra los jesuitas. Y aunque, salvo en Nuevo León, nunca se promulgaron leyes específicas contra los jesuitas, de facto, para muchos revolucionarios, la Compañía era identificada como alineada con los sectores poderosos, enemiga de la democracia y favorecedora de tiranías y dictaduras, lo que hizo que entre los jesuitas, -incluyendo por cierto, a los que más tarde serían destinados a Centroamérica,- la imagen de la Revolución fuera muy negativa. Los revolucionarios, por doquier propalaban un mensaje común, no siempre verdadero: que la Compañía había colaborado en la caída de Madero y el ascenso de Huerta y era quien sostenía el Partido Católico. Expresa bien este pensar el encuentro de Pancho Villa con los jesuitas del Colegio de Saltillo detenidos el 22 Mayo de 1914, tal como lo relataría más tarde uno de ellos, el P. José Méndez:

...En uno de los sofás de la casa, medio echado sobre un cojín rojo, estaba el General Villa. Parecía querer bromear y jugar con nosotros. Pronto vimos que sus juegos eran como los del tigre con su presa. Con muestras de gran desprecio nos habló un buen rato, en el estilo más soez y bajo, moral y gramaticalmente hablando.

Yo desafortunadamente soy católico, - nos dijo, - porque así me hizo mi madre. Pero no me dejo engañar por Uds., tales por cuales. Uds. no hacen más que beber chocolate mientras tienen al pueblo con la cabeza envuelta en un rebozo viejo. Uds. y los ricos están oprimiendo al pueblo; ahora trabajarán Uds. para que descansen los pobres. ¿Hay aquí algunos Jisuitas?

Los seis allí presentes nos pusimos de pie y él continuó: ¿Con qué conciencia traen Uds. extranjeros a su tierra? ¿No les da vergüenza? ¿No son Uds. dañinos? ¿Por qué los han traído? Estos Jisuitas himpocritas, soberbios, que no hacen más que chupar en sus Colegios el dinero de los ricos, no los quero. Que se quede en México uno que otro curita humilde, basta. Nuestro pueblo no necesita más. ¿Para qué sirven los Colegios? Yo no he estado en ninguno y valgo más que todos Uds. No quero jisuitas, Lárguense también Uds.

Les tengo una comidita, - exclamó luego, - y es que entre todos Uds. me van a entregar un millón de pesos en efectivo. Vayan nombrando sus comisiones que han de salir a coleccionar; una de Jisuitas.

Pero como varios sacerdotes presentes le pusieran dificultades, se irritó diciendo: No hablen más, por una asinadita de estas, los ahorco³...

Situaciones parecidas se repetirían en Chihuahua (Tarahumara), Durango, Parras, El Llano, Guadalajara y Tepetzotlán. Los colegios de Saltillo y Guadalajara serían convertidos en cuarteles por la famosa *División del Norte*. Fueron días difíciles para la

³ Archivo Provincia de México de la Compañía de Jesús (APMex). Decorme, Gerard. *Historia de la Compañía de Jesús en la República Mexicana*. Tomo IV. De Madero a Calles. 5 Oct. 1910 – 1 Dic. 1924. *Dispersión y reorganización*. Socorro, Texas, Mayo 1927. Mecnografiado. Págs. 37 y 38.

Compañía de Jesús de México, precisamente en los meses en que tanto el Papa como el General jesuita fallecían.

A la vista de la difícil situación para las comunidades jesuitas en las ciudades del Norte, el P. Renaud reunió la Consulta de Provincia ya el 20 de febrero para prepararse ante la persecución religiosa. Renaud pidió a los Superiores cuidar a sus compañeros, especialmente a los extranjeros quienes debían abandonar ya las zonas conflictivas, poner a salvo los documentos importantes, traspasar propiedades donde se pudiese, tener lista ropa secolar para todos y algunas posibles casas donde poder esconderse.

Además, Renaud escribió a los Provinciales de Canadá, Nueva Orleans y al Superior de Cuba, suplicándoles poder recibir a los que muy posiblemente pronto deberían salir al exilio. Además de los extranjeros y los jóvenes escolares en formación, se quería asegurar de modo especial a ciertos jesuitas señalados por sus sermones como los PP. Peza, Cuevas, Jiménez, Díaz Rayón, Carrión... En el mes de julio escribía Renaud al P. General informándole de sus gestiones así como de las diversas alternativas que consideraba para el futuro inmediato:

...En medio de la aflicción de tantas adversidades, fue una gran alegría la caridad del R. P. Rector del Colegio de La Habana, que por su propia voluntad me ofreció generosamente la villa que poseen cerca de la ciudad, para que pudieran ser recibidos en ella sesenta de los Nuestros. También me hicieron varias ofertas los Provinciales de las Provincias de Canadá y New Orleans, a quienes responderé oportunamente.

Además, este mismo día, he recibido una carta de la República de San Salvador en América Central, en la que el Ilmo. Arzobispo, con gran muestra de caridad, promete que él aceptará a los exilados⁴.

El ambiente político tan caldeado desde los primeros meses de 1914, movió a Renaud a enviar fuera del país a un grupo numeroso de jesuitas. Algunos ya habían debido salir *manu militari*, otros por el cierre de Colegios y residencias. Vivir refugiados en casas de familias medio ocultos, no parecía una solución permanente. Y aunque la capital parecía el lugar más seguro, porque

⁴ ARSI. Mexicana 1003-XII, 5. Carta del P. Marcelo Renaud, Provincial de México al P. General (Wernz), México 3 Julio 1914 (Original en latín).

muchos revolucionarios no la conocían y por la presencia de las legaciones extranjeras, se hacía difícil poner en marcha residencias y obras para tantos jesuitas expulsados del interior.

Y así se produjo la dispersión de la Provincia. California recibió a los novicios en Los Gatos; Maryland y Nueva York acogieron a los PP. Carrasco y Heredia, entre otros. En Grand Couteau, New Orleans, se quedó un puñado de expulsos del norte. Pero fue Nuevo México (El Paso, sobre todo) donde quedó el mayor número de exilados. Los escolares se repartieron entre Colombia, Cuba y las Provincias españolas. Y así mientras que hasta 1914 sólo 37 jesuitas de la Provincia radicaban en el extranjero, en 1915 eran 260 esparcidos en diez naciones y veinte Provincias, la mitad de ellos jóvenes en formación.

En el caso de Centroamérica la situación fue diferente: los jesuitas no llegaron allá gracias a la hospitalidad de otra Provincia. Fueron llamados por la Iglesia o invitados a trabajar en la educación por un gobierno local, lo que les permitiría una mayor facilidad apostólica y comunitaria de movimientos.

Este era el caso de El Salvador. Desde abril de 1914, José Alfonso Belloso, canónigo y vicario, ex-alumno del Colegio Pio-Latinoamericano de Roma y que tenía en gran aprecio a los jesuitas, deseaba que la Compañía tuviera una residencia en El Salvador, anhelo que compartía con el Obispo Antonio Adolfo Pérez y Aguilar (Arzobispo desde el 13 Mayo de 1915) que ya había escrito al Provincial de Castilla para conseguirlo, aunque sin éxito. El Arzobispo ofrecía a los jesuitas como trabajo, una Iglesia céntrica en la ciudad, un Colegio fundado por la Iglesia y la formación de los seminaristas.

En la difícil situación de Renaud que debía ubicar sus numerosos súbditos, las noticias de S. Salvador, eran prometedoras y por eso respondió enseguida al Prelado asegurándole que enviaría cinco sacerdotes jesuitas al nuevo campo de misión⁵. En realidad El Salvador contaba con una muy breve tradición de presencia jesuita durante el siglo XIX, pero no pocos clérigos conocían bien a la Compañía por haber sido formados en el Colegio Semi-

⁵ Archivo de la Provincia Centroamericana, APCAM. Misión Mexicana. Caja VI. Doc. I. *Correspondencia desde El Salvador 1913.1914.*

nario de Guatemala o en Nicaragua, antes de las expulsiones de los liberales en 1871 y 1881 respectivamente⁶.

La primera expedición jesuita mexicana saldría el 4 de Agosto de 1914. Viajaron por Orizaba y Córdoba hasta Salina Cruz donde tomaron el vapor “*San José*” del Pacific Mail, sin poder recuperar los boletos ya comprados del “*Salvador Railway*”. Desembarcaron el 18 de agosto en el puerto de Acajutla. Fueron bien recibidos y hospedados provisionalmente en el Palacio Arzobispal, mientras se trasladaban al Seminario contiguo a la Iglesia de S. José, en la plaza que aún lleva su nombre en el centro de la ciudad⁷. San Salvador tendría entonces unos 70.000 habitantes. También, cerca de la capital, en la Nueva San Salvador, hoy Santa Tecla, que contaba entonces con 15.000 habitantes y un clima más benigno, se ofrecía a la Compañía la Iglesia del Carmen con una pequeña residencia y un terreno adyacente.

Recorramos brevemente la prehistoria inmediata del primer contingente enviado a El Salvador en 1915, cinco sacerdotes y dos Hermanos. El Superior, Manuel Díaz Rayón, poblano y afamado predicador trabajaba en la Iglesia de la Sagrada Familia en la ciudad de México. Pedro Jiménez, potosino, era profesor del Colegio de Saltillo. Alfredo Méndez Medina, de Zacatecas, era profesor del Colegio de Mascarones. Herminio Suárez, provenía de la Provincia de Castilla. Gabriel Ortiz, poblano, trabajaba en la Iglesia de los Ángeles, en la capital. El H. Andrés Fernández, gallego, había logrado escapar a tiempo de la Residencia de León. El H. Loureda provenía de Durango donde los mismos

⁶ Malaina, S. *La Compañía de Jesús en Salvador, C.A. desde 1864 a 1872*, San Salvador, Imprenta Nacional, Publicaciones del Departamento de Historia y Hemeroteca Nacional del Ministerio de Instrucción Pública, 1939, pág. 22 y ss. Pérez, Rafael. *La Compañía de Jesús en Colombia y Centroamérica después de su Restauración*. 3 Tomos, Imprenta Castellana. Valladolid, 1871.

⁷ La Iglesia, la “Ermita de la Presentación” colonial, así como la plaza San José, estaba situada a tres cuadras al nororiente de la Catedral Metropolitana, cerca del mercado ex Cuartel. Allí celebró su primera misa el P. José Matías Delgado, por lo que en 1911 se colocó una estatua de mármol del prócer, destruida en el terremoto de 1986. Los jesuitas tomaron el templo y vivieron en el Seminario y anexos hasta 1968. Allí se fundaría, en 1921, el Externado de San José, que se trasladó en 1954 al lugar que ocupa actualmente. La Iglesia San José fue destruida por un incendio en 1975. Las autoridades de la comuna capitalina restauraron recientemente la Plaza y la escultura del P. Delgado. Aunque deteriorado, se conserva aún el pórtico de la Iglesia San José.

revolucionarios, en junio de 1913, tras profanar Iglesias y quemar confesionarios en las plazas, habían dado a los jesuitas 24 horas para abandonar el país⁸.

Pronto este grupo entraría en contacto con Nicaragua, de donde la Compañía había sido expulsada en 1881. Allí se había dado un conato de restablecimiento cuando fueron invitados en 1913 por Mons. Simeón Pereira, ex-jesuita él también y Obispo de León, los PP. Valenzuela y Quirós, provenientes de la residencia de Panamá, para dar una “gran misión”. Las condiciones sociales y políticas no eran favorables en este momento ni en León ni en Granada y, con gran dolor y pena de parte de ambos jesuitas que conocían bien Nicaragua, debieron posponer sus planes⁹.

Serían, más bien los jesuitas de México quienes entrarían en contacto desde San Salvador con Nicaragua. La ocasión se produjo en 1915 cuando las Hermanas Romero, que pertenecientes a la antigua Congregación Mariana fundada por los jesuitas, guardaban un grato recuerdo de su presencia en la ciudad, pidieron al Superior de San Salvador, les enviara algún predicador para la devota celebración del mes de Mayo. Fue designado el P. Herminio Suárez recientemente integrado a la nueva comunidad de Santa Tecla; a él se le unirían en el viaje el P. Jesús Leturiondo y el H. Pedro Filoteo, quienes provenientes de Estados Unidos, se encontraban detenidos en la hondureña Isla del Tigre de Amapala sin poder entrar en El Salvador por las prohibiciones migratorias. Los tres llegaron a Granada el 3 de mayo de 1915.

La situación en Centroamérica

Después de cuarenta años de ausencia de la Compañía, ¿cómo encontró este primer grupo la situación de Centroamérica a su llegada?

De mediados de diciembre de 1915, hasta febrero de 1916, y disipados los temores a las dificultades migratorias, una vez que el P. Crivelli había sido enviado a una previa exploración del terre-

⁸ Gutiérrez Casillas, J. *Jesuitas en México durante el siglo XX*, Editorial Porrúa, México, 1981. Págs. 100 y ss.

⁹ Archivo Histórico de Loyola, 3.7. *Misiones. Asuntos privados de Nicaragua*, 1914.

no apostólico¹⁰, el Provincial mexicano, Marcelo Renaud, realizó una visita detallada a El Salvador y Nicaragua, pasando antes por Guatemala, al final de la cual envió un pormenorizado informe al P. General, Wladimir Ledochowski¹¹, que revela bien la primera mirada de los jesuitas mexicanos sobre la situación de Centroamérica.

La primera sorpresa del Provincial fue, sin duda, el gran aprecio que percibió por doquier hacia la Compañía, pese a los muchos años transcurridos tras la expulsión de los jesuitas de Centroamérica y las acusaciones difundidas contra ellos. Renaud pudo encontrarse con varios sacerdotes formados en el Colegio Seminario de Guatemala por los jesuitas expulsados por Justo R. Barrios en 1871. Incluso se entrevistó con el P. Ignacio Prado que seguía manteniendo vivas las Congregaciones fundadas cuarenta y cinco años atrás por los jesuitas expulsos en la Iglesia de La Merced.

Más sorprendente aún era el recuerdo de la presencia jesuita que Renaud descubrió en Nicaragua donde en casi todas las ciudades y pueblos de la República se habían difundido las Congregaciones del Apostolado de la Oración y Marianas con tal fuerza que, con aquel primer impulso aún perduraban florecientes. El mismo Arzobispo de Managua, Mons. Lezcano le relató sus coloquios con el P. General Luis Martín quien le había prometido que cuando mejorara la situación civil y política de Nicaragua, haría todo lo posible para que pudiera ser restablecida la Compañía en esta región a la que profesaba tanto amor y aprecio. En su informe, Renaud hacía un elogioso balance del pasado de la Compañía en la región:

...Referiré ante todo lo que realmente conmueve hondamente el alma de este hijo de la Compañía que por primera vez recorre Centroamérica: la gran estima y gran valoración que se ve casi entre todos en estas regiones hacia la Compañía. Porque ni el mucho tiempo pasado desde su expulsión, ni las muchas acusaciones difundidas contra la Compañía ni las calamidades sufridas, han podido hacer desaparecer tanta estima y benevolencia hacia los jesuitas....

¹⁰ ARSI. Mexicana 1004-I, 12. Camilo Crivelli, al P. José Barrachina. Colegio Belén, La Habana, 22 Sept. 1915.

¹¹ ARSI. Roma. Mexicana, 1004-II, 5. *Primae Visitationis in America Centrali peractae a Praeposito Provinciae Mexicanae brevis narratio.*

En realidad el amor que se observa en América Central hacia los jesuitas es grande y universal, por gracia de Dios y debe ser atribuido a la constante y generosa entrega al trabajo duro y a su fidelidad a la disciplina de la vida religiosa. En verdad, aquellos Padres fueron realmente hombres apostólicos que renovaron en Centroamérica las glorias con las que los primeros jesuitas suscitaron tanta estima en toda Europa hacia la Compañía en sus orígenes¹²...

Pero los retos del presente de la región eran complejos y abundantes: por doquier se palpaban necesidades y demandas apostólicas. La primera, la inmensa pobreza que se percibía en la población. Los dos países, El Salvador y Nicaragua, despertaban a la vida económica y a la integración en los mercados mundiales, sobre todo gracias al café. Pero para que pudieran prosperar necesitaban estabilidad y paz duraderas, lo que no era frecuente en su historia convulsa desde la Independencia. Ambas Repúblicas poseían también una vida política marcada por la inestabilidad, los constantes conflictos clásicos entre los gobernantes conservadores y liberales, agudizada además en Nicaragua, por su posición estratégica ante una posible vía interoceánica, con la presencia militar norteamericana y la posibilidad de una intervención militar.

Además, se sentía una seria necesidad de evangelizar y transmitir la fe y para ello parecían oportunos los medios utilizados por la Compañía como los Ejercicios, misiones, catecismos, confesiones y el fomento de las Asociaciones laicales. La ausencia crónica de sacerdotes desde los días de la Independencia hacía que muchas zonas geográficas y sectores de la población carecieran de una adecuada atención religiosa, por lo que abundaba la ignorancia o la superstición en buena parte de los fieles.

Los Obispos, algunos formados por los jesuitas, profesaban gran admiración hacia la Compañía, pero el clero, además de escaso, estaba deficientemente formado y requería una actualización especial en su teología, moral y ejercicio del ministerio. Por ello parecía oportuno asumir la responsabilidad sobre el Seminario de San Salvador, aunque el reducido número de aspirantes al sacerdocio, aconsejaba dedicarse también a otras labores pasto-

¹² ARSI. Roma. Mexicana, 1004-II, 5. *Primae*... Fol. 2 y 4.

rales teniendo como base la anexa Iglesia de San José así como las del Carmen en Santa Tecla y Xalteva en Granada. Además desde el principio, los jesuitas percibieron que para incidir en los cambios en estos países era importante crear instituciones educativas abiertas, no reducidas al Seminario, dedicadas a formar a los jóvenes profesionales del mañana.

Por lo que toca a la política del Gobierno hacia la Iglesia y la Compañía, el asunto era complejo. De facto, al subir a la presidencia en marzo de 1915 Carlos Meléndez, presionado también por algunos grupos masónicos, se había decretado la expulsión de los jesuitas o, ante la presión del Obispo, la reducción de su número, de suerte que ni al Provincial se le permitía la entrada en el país, hasta que el gobierno terminó cediendo a la presión de buenos amigos y amigas de la Compañía. Esa misma prohibición fue la que detuvo en la isla de Amapala al P. Leturiondo y al H. Filoteo. Y por dicha prohibición es que, como vimos, fue enviado en expedición exploratoria, de incógnito y “disfrazado de turista” el P. Camilo Crivelli antes, en julio de 1915 lo que hizo despejar las dificultades para la inmediata visita del Provincial Renaud.

Cuando el P. Renaud realizó la visita a la Misión puso especial interés en entrevistarse con los Presidentes de El Salvador y Nicaragua. En El Salvador se mostró discreto y comedido en su entrevista con Carlos Meléndez¹³, quien “no sabía de nosotros a no ser por los escritos calumniosos y los rumores críticos”¹⁴. Evitó pedirle favor alguno tratando de mostrar que la Compañía procedía con sencillez, pero percibió que aunque las condiciones para el trabajo apostólico de los jesuitas eran más favorables que en México, entre los gobernantes con mayor tradición liberal, la distancia hacia lo religioso era muy marcada. En todo caso,

...El gobierno civil actual no apoya a la religión católica, aunque no acostumbra atacarla directamente, pero con demasiada frecuencia trata de reducir y coartar la libertad de ella¹⁵....

¹³ Carlos Meléndez 1861-1919 fue Presidente desde 1913-1914 a 1918. Fue el iniciador del período conocido en la Historia de El Salvador como la Dinastía Meléndez-Quirón (1913-1927) período en que el poder se mantuvo en manos de los miembros de esta familia terrateniente.

¹⁴ ARSI. Roma. Mexicana, 1004-II, 5. *Primae*... Fol. 15.

¹⁵ ARSI. Roma. Mexicana, 1004-II, 5. *Primae*... Fol. 7.

Muy diferente era la situación en Nicaragua, donde gobernaban los conservadores que habían suprimido las leyes contra la Iglesia y favorecían la educación religiosa. De hecho el presidente Adolfo Díaz, con quien Renaud pudo entrevistarse, prometió favorecer al deseado Colegio de los jesuitas.

Pero más allá del pensar de los gobernantes, tanto en El Salvador como en Nicaragua, las familias más poderosas del lugar, económica y políticamente, mostraban gran generosidad hacia los jesuitas y ofrecieron muchos medios para que pudieran establecer sus casas e instituciones. Con frecuencia algunas veces estas familias serían sus mayores defensoras, como en el caso de San Salvador, donde Doña Mercedes de Meléndez, madre del Presidente y la misma esposa, Gertrudis de Meléndez, con su círculo de sus amistades, se convertirían en las mayores benefactoras de la Compañía. En el caso de Nicaragua, las principales familias de Granada, conseguirían de la autoridad eclesiástica para los jesuitas, el templo de La Asunción en Xalteva, así como una casa preparada con muebles abundantes y limosnas mensuales.

Por todo ello, para Renaud era evidente que Nicaragua era un lugar idóneo para fundar una institución educativa de la Compañía:

...Los ciudadanos de Nicaragua, especialmente los de Granada, dieron claramente muestras eximias e inusitadas de amor y reverencia hacia la Compañía. No solo las señoras, sino también los varones más nobles, abogados, médicos y los diputados entre los políticos, ministros y el mismo Presidente de la República, además del Ilmo. Obispo me pidieron con insistencia que la Compañía no los abandonara y más en concreto que fundara un Colegio con un internado en esta región. Confieso que nunca ni en ninguna otra parte he podido observar tales solicitudes y deseos, expresadas con tanta vehemencia para lograr la permanencia de los Nuestros y el establecimiento de un Colegio¹⁶.

El grupo humano

Hablemos ahora del grupo humano que conformó esta “*Missio Centroamericana*” de la Provincia de México de 1914

¹⁶ ARSI. Roma. Mexicana, 1004-II, 5. *Primae*... Fol. 20.

hasta 1937. Los Catálogos de la Provincia y las Noticias ofrecen innumerables datos sobre sus personas y trabajos. ¿Quiénes eran los jesuitas que llegaron y vivieron en Centroamérica? ¿De dónde venían? ¿Cómo pensaban y vivían su fe?...

Primero, las cifras. Desde la llegada el 18 de Agosto de 1914 al Puerto de Acajutla de los siete primeros exilados de México hasta el 7 de febrero de 1937, fecha en que se funda la Viceprovincia de Centroamérica, dependiente de la Provincia de Castilla, vivieron en Centroamérica 178 jesuitas. Sin duda, el grupo más numeroso (53%) lo conformaban los nacidos en México. A ellos se les sumaban los europeos (españoles, italianos y franceses) que constituían el 39%, buena parte de los cuales formaban parte de la Provincia de México desde los primeros años de su formación jesuita. Después estaba el grupo de los nacidos en Centroamérica que constituían el 10% y cuyo número de vocaciones fue progresivamente creciendo hasta el establecimiento en Santa Tecla de un Noviciado propio en 1949.

Tal vez en esta diversidad de orígenes nacionales y culturales radique una de las causas que explica la creatividad de este grupo humano tanto a nivel pedagógico como pastoral. *Mutatis mutandis*, es algo de lo que parece ocurrió en las Reducciones del Paraguay: no fueron muchos los jesuitas que en ellas laboraron, pero sí de gran diversidad de orígenes culturales, lo que dio una especial riqueza al grupo.

En el caso que nos ocupa, me parece que esa diversidad de orígenes fue especialmente importante porque conllevaba pluralidad de experiencias humanas, religiosas y de lugares y estilos de formación: Francia, España, Italia, USA, el Caribe y, por supuesto, México. Diríamos que en medio de los muchos avatares que produjo la restauración de la Compañía hasta que esta logró consolidar sus propias instituciones, permitió sin embargo una mayor diversidad internacional en la formación de sus miembros. Recordemos que la Provincia de México tenía comunidades en las Antillas, el sur de Estados Unidos y Europa, donde incluso llevaron sus formadores propios para atender a sus escolares.

Cuando se releen las biografías de los protagonistas de este proyecto apostólico¹⁷, no deja de sorprender la diversidad de sus

¹⁷ Gutiérrez Casillas, José. *Jesuitas en México durante el siglo XIX*, Editorial Po-

experiencias humanas antes y después de vivir en Centroamérica: muchos habían dejado sus lugares de origen desde el Noviciado, a otros la Primera Guerra les obligó a cambiar de residencia, a la mayoría les alcanzó la dispersión producida por el triunfo revolucionario en México en la época de Carranza, y más tarde algunos vivieron una nueva desbandada en tiempo de Calles, lo que les obligó a salir del territorio nacional.

Todo ello conformó un grupo verdaderamente diverso y plural. Me atrevería a decir que, a la luz de los relatos y correspondencia de la época, el grupo mexicano era el mejor preparado para entender la idiosincrasia humana y religiosa de Centroamérica, y por eso gozaron hasta el final de un gran aprecio y cariño de la gente joven y adulta. Supieron extender y purificar muchas devociones clásicas religiosas que perduraban en la fe del pueblo y las impregnaron de espiritualidad ignaciana.

Los europeos, por su parte, poseían una mayor preparación en asuntos del carisma de la Compañía e incluso experiencia pedagógica, que supieron transmitir a las instituciones educativas donde trabajaron. Pensemos en los famosos *Elementos de Álgebra* del P. Antonio Stella o la *Gramática inglesa* del P. Crivelli que inundaron los Colegios de Nicaragua, la revista *Acción Social* del P. Rossi, así como *El Mensajero del Corazón de Jesús*. Al tiempo que atendían el Seminario de El Salvador (y al final el de Guatemala) no olvidaron reclutar jóvenes con inquietudes hacia la Compañía y al final del período tanto en Santa Tecla como en Granada, contaban con instituciones para acompañar vocaciones a la Compañía,

Es claro también que tantos años de persecución, en Europa y América Latina dejaron su huella en el grupo, en algunos hasta traumática. Aunque especialmente interesados desde su formación por lo que comenzaba a llamarse “la cuestión social” y estudiosos de las Encíclicas sociales de los Papas de la época, sin embargo la experiencia de la expulsión y el rechazo hacia lo religioso (o, al menos, lo clerical), que muchos de ellos vivieron hasta percibir el encono enemigo, les hizo especialmente recelosos de lo que pudiera sonar a socialismo o formas colectivas de entender

rrúa. México, 1972. Decorme, Gerard. *Liber vitae. Biografías breves de los PP. y HH. que han tenido la dicha de morir en la Compañía, 1800-1950*, Ysleta. 1948. Mecanografiado. En Archivo Prov. México.

la política. Para decir lo que muchas veces ellos expresan en sus escritos, no se sentían a gusto con gobiernos de facto nacidos de la fuerza o el cuartelazo. De un lado no sentían mucha confianza en los gobiernos liberales por percibir en ellos mucho rechazo hacia la Compañía, pero de otro, huían también de lo que pudiera asomarse a la izquierda.

No sorprende por ello el recelo, más aún, el casi total silencio que se percibe en sus cartas y relatos desde Centroamérica, sobre la revuelta y matanza campesina de 1932 en el Salvador o la insurrección de Sandino en Las Segovias. Es más, nos consta que varios jesuitas, el P. Zagni sobre todo¹⁸, atendían religiosamente a los *marines* de la legación norteamericana establecida en Managua y uno de ellos, el P. Rongier, participó en alguna de las expediciones militares contra Sandino, aunque haya sido acompañando como capellán a la tropa¹⁹.

Incluso, tras la gran insurrección salvadoreña de 1932, el P. Waldner confesaba en sus cartas al P. General que el Presidente Maximiliano Hernández había pedido cierta colaboración al Superior de los jesuitas:

Después de la sublevación comunista el Arzobispo, preso por el Gobierno me pidió dos Padres para que acompañados de los militares predicaran la paz sobre todo en las zonas y caseríos donde el comunismo tiene mayor presencia. Tras consultarlo y para no ofender al Obispo fueron designados los PP. Díez y Fernández del Campo. Pero a los dos días regresaron, porque la gente, temerosos del ejército, estaban fuera de las casas y las mujeres, con miedo al Ejército, apenas ponían atención a las palabras de los Padres.

Poco después y a petición del Presidente, el Arzobispo me pidió un sacerdote para enviarlo al Arzobispo de Honduras, según dijo para felicitarle en su nombre en su 25° aniversario de sacerdocio. Pero la razón verdadera era pedir al Arzobispo de Honduras que en nombre de nuestro Presidente salvadoreño y aprovechando su amistad con el de Honduras²⁰, le pidiera que no permitiera que en su territorio se or-

¹⁸ Noticias de la Provincia de México, 18. 1923, Julio.

¹⁹ Decorme, G. *Liber vitae*.... Pág. 551.

²⁰ El Presidente de Honduras era Tiburcio Carías Andino; el Arzobispo de Teguci-

ganizase una sublevación contra el gobierno de El Salvador y evitar así una nueva guerra civil y un nuevo derramamiento de sangre. Estaba informado de que en la frontera entre ambas repúblicas se estaba organizando una incursión, incluso por el propio ex-presidente.

El asunto, viendo la situación, no parecía peligroso y sí de gran utilidad. Yo mismo hice el viaje por avión y fui a ver al Arzobispo de Tegucigalpa. Él con gusto visitó al Presidente y consiguió lo que pedía pues está deseoso de mantener la paz. A los tres días regresé por el mismo camino²¹...

Por lo demás, el grupo fue consolidándose con un estilo propio de vida y una estructura propia de gobierno, que heredaría la futura Viceprovincia. En los comienzos, en 1915, la Provincia de México entendió que Centroamérica no era, como las comunidades y obras de Estados Unidos, un simple lugar de residencia pasajera, sino una Misión, la "*Missio salvadoreña inchoata*": un lugar de trabajo apostólico, donde la Compañía emplearía su estilo y modo propio de proceder.

En 1917 esta Misión tuvo un único superior, el P. Crivelli, que residía en la comunidad de Xalteva mientras se concluía el nuevo edificio del Colegio del Sagrado Corazón, a las orillas del lago de Granada. El superior del Seminario de San Salvador, del que dependía la pequeña comunidad de Santa Tecla, era y funcionaba como un Rector de los colegios de la Compañía.

Desde 1921, ya no se habló de Misión. Se trataba de un proyecto apostólico con dos frentes. De una parte el Colegio Centroamérica de Granada que había adquirido su estatuto jurídico y canónico propio con su Superior del que dependía la residencia de Xalteva y de otra, el Seminario de San Salvador con la casa dependiente de Santa Tecla.

Pero viendo la complejidad particular de esta región de la Provincia, desde el 26 Julio de 1926, el P. General Wladimir Ledochowski recreó la "*Missio Centroamericana*" esta vez con un estatuto propio: un único superior con una consulta de cuatro miembros y un Procurador de la misión, los que sesionaban periódica-

galpa, Agustín Hombach. En El Salvador el Presidente era Maximiliano Hernández y el Arzobispo, Mons. Alfonso Bellosio.

²¹ ARSI. Mexicana 1011, XII, 1. *Carta del P. Waldner al P. General*. 1 Julio 1932.

mente. Se pensaba en la posibilidad no lejana de que el territorio se convirtiera en una Provincia aparte de la de México.

El primer superior de la *Misión Centroamericana*, Marcelo Renaud, era a la vez Rector del Colegio de Granada; también tenía categoría de Rector el responsable del Seminario de S. Salvador. Xalteva y Santa Tecla dependían del superior y en los asuntos ordinarios era responsable un Ministro. Cuando en 1930 fue nombrado superior el alsaciano P. Agustín Waldner Frieß, éste vivía en el Seminario de San Salvador y el superior de Granada era Vicerrector. El esquema se mantuvo con la única novedad de la Residencia de Managua que fue creada en 12 de marzo de 1928. Ya en enero de ese año se había añadido la Iglesia de la Candelaria con la presencia de tres sacerdotes y un Hermano, pero en la Semana Santa de 1931 un fuerte temblor arrasó buena parte de Managua y dejó en ruinas la Iglesia de la Candelaria e inservible la casa donde vivía la comunidad.

Con este mismo esquema organizativo de cuatro comunidades jurídicamente constituidas, se traspasó la Misión a la Viceprovincia en 1937. Únicamente se añadiría una pequeña comunidad en Guatemala donde vivían los dos Padres que trabajaban en el Seminario diocesano, además de la residencia de Panamá que comenzaría a formar parte de la nueva Viceprovincia.

En los años que nos ocupan, llegaron a vivir en Centroamérica un promedio de 55 jesuitas. Primero únicamente en El Salvador, posteriormente el grupo de Nicaragua fue creciendo por las demandas del Colegio de Granada y la residencia de Managua. Cuando los jesuitas de la Misión se convirtieron en Viceprovincia había 36 jesuitas en El Salvador y 33 en Nicaragua.

Efectivamente y después de un viaje en 1935 a Nicaragua y El Salvador del P. Crivelli, en ese momento Asistente del P. General para América Latina norte y del encuentro con el P. Del Valle, Provincial de México, se resolvió el traspaso paulatino de la responsabilidad sobre la zona a la Provincia de Castilla, la que en plena guerra civil española asumiría este nuevo territorio convertido en Viceprovincia independiente. La multiplicación de comunidades y obras apostólicas en México, el clima de una mayor tranquilidad política hacía oportuno el retorno de los jesuitas mexicanos a su propio territorio donde las demandas apostólicas eran crecientes.

El 7 de Febrero de 1937 en todas las comunidades y obras de la Compañía en Centroamérica, México y Panamá se dio lectura a la carta del P. General por la que la *Misión de Centroamérica* se convertía oficialmente en Viceprovincia de Centroamérica dependiente de la Provincia de Castilla. Al frente de la misma era nombrado Provincial el P. Bernardo Ponsol, quien a la vez era Rector del Colegio Centroamérica. La Viceprovincia constaría con las ya clásicas comunidades del Colegio de Granada, la Residencia de Xalteva, la de Managua, el Seminario de San Salvador y la Residencia de Santa Tecla a las que se uniría la residencia de Panamá y una pequeña comunidad naciente del Seminario de Guatemala.

Contando con aquellos que estaban fuera del territorio, sobre todo en formación, la Viceprovincia contaba en ese momento con 119 miembros, 29 de ellos escolares y 37 pertenecientes a otras Provincias. Aún permanecían aplicados a la Viceprovincia 30 jesuitas mexicanos. De facto buena parte de ellos decidieron continuar trabajando en Centroamérica hasta el final de su vida. El último de ellos fue el H. José Albizu fallecido en Santa Tecla el 5 de septiembre de 1967.

Las obras apostólicas.

En el pensar de los Superiores de México, la presencia en Centroamérica era provisoria, únicamente mientras durara la persecución religiosa en México. Una vez que fuera posible, los jesuitas regresarían a trabajar en México. Por eso el primer Provincial, Renaud, cuidó mucho evitar que las obras se multiplicaran y así se lo aclaró al P. Díaz Rayón antes de que partiese a su destino la primera expedición. Este por su parte se lo transmitió con fidelidad al Arzobispo de San Salvador:

...He expuesto al Sr. Arzobispo nuestra situación y la calidad en que hemos venido, según instrucciones de Vuestra Reverencia y dada la disyuntiva de desaparecer si se nos cierran las puertas o poder volver y que en todo caso nada definitivo se puede asumir sin la aprobación del P. General. Que podríamos ocuparnos en Ejercicios, misiones, catecismos, confesiones, predicación y cosas así.

Le agradó lo de las misiones por los pueblos, pero insiste en que demos algunas clases en el Seminario y Liceo como

cosa provisional y que conviene que ante cierta clase de gente aparezcamos más que como profesores.... ya que según la legislación vigente, no puede haber Órdenes monacales y los jesuitas estamos expresamente contados entre ellas. Por consiguiente no hay aquí la seguridad que yo me suponía. Y así aceptamos dar algunas clases hasta terminar el año en Octubre, salvo que Vuestra Reverencia diga lo contrario. El Seminario lo acaban de dejar los Paulinos; el Liceo fue fundado por los Escolapios, que no sabe por qué lo dejaron. Los Paulinos dejaron el Seminario porque no adelantaban los Seminaristas²²....

De ese modo, los jesuitas comenzaron a dar clases en el Seminario pero con cierta provisionalidad, hasta que de regreso de la Congregación Provincial celebrada en Cuba, Díaz Rayón vino con la orden de asumir la tarea e incluso trajo un refuerzo de dos Padres y dos Hermanos más. Los jesuitas asumieron al fin las clases desde 1 de Marzo de 1915, ya que parecía una necesidad seria, demandada por tres Diócesis y de la que dependía en buena medida el futuro de la Iglesia en el país. Jiménez y Medina darían además clases en el Liceo, mientras que Díaz Rayón explicaría la Teología dogmática. Además este mismo año asumieron la residencia de Santa Tecla con la anexa iglesia del Carmen, ya que en San Salvador no parecía posible tener una Iglesia propia. Los Padres Suárez y Ortíz asumieron la Iglesia de Santa Tecla y establecieron una pequeña residencia.

A lo largo de los años, se fue consolidando el Seminario, tanto en su planta física como en su proyecto pedagógico. En 1916 asumía su rectorado el P. Natal Bulnes y el número de seminaristas llegaba a los 40. Se había cambiado el programa de estudios y asegurado una mayor selección de alumnos. Gracias al apoyo de la esposa del Presidente, nuevas obras en 1920 lograron renovar y mejorar los edificios seriamente dañados por el terremoto reciente.

Pero fue el insigne P. Rafael Ramírez quien logró dar un mayor auge al Seminario salvadoreño cuando fue puesto al frente de él en 1932. Ramírez hizo un gran trabajo para buscar y fomen-

²² APCAM. Misión Mexicana. Caja VI. Doc. I. *Correspondencia desde El Salvador, 1913-1914.*

tar vocaciones, visitando parroquias y reuniendo jóvenes con inquietud. Un año después inició las obras del nuevo Seminario de San José de la Montaña, ubicado en las afueras de la ciudad contando con el apoyo de un nutrido grupo de benefactores dentro y fuera del país, dirigido por un eficiente comité. Además de las dependencias para los seminaristas contemplaba locales para el Arzobispado y una nueva Iglesia. En febrero de 1938 se daría el traslado a los nuevos edificios.

Pese al avance y consolidación del Seminario, donde incluso llegaban candidatos al sacerdocio de otras diócesis de Centroamérica, los jesuitas sentían que el número de alumnos era reducido y no podía aumentar mucho si querían seleccionar con cuidado a quienes deseaban acceder a las Órdenes sagradas. Para aprovechar sus esfuerzos educativos, consideraban que sería bueno extender el trabajo docente a otro tipo de alumnos, aprovechando la tradición del famoso Liceo que había pertenecido a la Iglesia. Teniendo algunas materias comunes con los seminaristas, se podría organizar un Colegio dirigido para alumnos externos. Por eso a esta nueva institución que se fundó el 1 de febrero de 1921, se le denominaría el Externado San José. Era una obra solicitada y pedida por muchas familias que valoraban la enseñanza de los jesuitas y que enseguida se aprestaron a enviar a sus hijos a este nuevo Colegio, incluyendo al propio hijo del presidente de la República.

El Colegio fue creciendo hasta el 5° año de Primaria de acuerdo a los programas educativos nacionales. El mismo Presidente acudía a la distribución anual de premios. Además en 1922 se renovó el equipo pedagógico del centro con la adquisición de un nuevo Laboratorio de Ciencias. También a nivel pastoral surgió ese mismo año el Apostolado de la Oración y la Congregación Mariana.

También las actividades del templo San José vecino al Seminario aseguraban la atención a muchas familias cercanas a la Compañía. De las muchas asociaciones y congregaciones que se establecieron, tal vez la de Santa Zita dirigida a las trabajadoras del servicio doméstico fue la que adquirió mayor popularidad, así como la Adoración Nocturna.

Santa Tecla se fue convirtiendo también en un templo simbólico del trabajo pastoral de los jesuitas así como en lugar de partida para muchas misiones ambulantes por toda la República. Sólo en el primer año de trabajo las comuniones alcanzaron a

las 24.000. Desde los años veinte además, fue casa de ejercicios para alumnos del Seminario y Externado, así como para sacerdotes y religiosos.

En Nicaragua, desde el viaje exploratorio de Crivelli, el deseo común era que los jesuitas estableciesen un Colegio:

...Aquí nos ofrecen casa y Colegio. Para la casa ceden una de las mejores iglesias de la ciudad, situada en uno de los puntos más frescos. Para el Colegio ofrecen una pequeña hacienda fuera de la ciudad (a unas 2 leguas), además en la orilla un terreno de 80 mts por 160 mts. Ya he visto el lugar y es bueno y muy sano, fresco y con vista al Gran Lago. Ofrecen además reunir 40.000 U\$ dólares, de los cuales unos 5.000 se irían en sólo en los viajes de los profesores que vendrían.

En la entrevista que tuve con el Sr. Presidente y el Secretario de Hacienda, éstos se comprometieron a redimir por valor de 1000 a 2.000 dólares o córdobas mensuales, los bonos de la deuda interna que por valor de 40.000 \$ reunirán nuestros bienhechores apenas el R. P. Provincial admita la fundación. Y si este la admite, ésta ha de ser con condición de que, aún abriéndose México, sigamos allá, por lo menos con el Colegio²³.

Con todas estas promesas, las clases se iniciaron en un local provisional cercano a la Iglesia de Xalteva, el 1 de septiembre de 1916, con 19 alumnos, mientras se adquiría un terreno de 120.000 metros cuadrados y se construía el nuevo edificio en la orilla occidental del lago de Nicaragua. Un mes después comenzaba a funcionar una Escuela nocturna para obreros. El nuevo Colegio estaba listo el 11 de enero de 1919 y a la bendición del Arzobispo de Managua asistió el mismo Presidente de la República. Un año después se trasladaba la comunidad al lugar, quedando la Residencia de Xalteva plenamente dedicada al trabajo pastoral y misionero en la zona.

Las obras del Colegio continuarían en los años siguientes. El gobierno se haría cargo de los gastos de la construcción de un salón de actos. Contaría el Colegio con 19 profesores, la mayoría

²³ ARSI, Mexicana 1004-I, 12. Carta del P. Crivelli al Asistente, P. Barrachina, 22 Sept. 1915.

jesuitas, y 17 Hermanos llegando a superar el número de 200 alumnos, varios de diferentes repúblicas de Centroamérica. Cuando el edificio estaba por finalizar, se edificó delante de la fachada una inmensa imagen del Corazón de Jesús, a cuya bendición acudió el presidente Emiliano Chamorro.

Sobre Guatemala conviene comenzar recordando que debido a las continuas demandas de la Santa Sede, el jesuita Luis J. Muñoz fue consagrado Arzobispo de Guatemala en Agosto de 1921. Mons. Muñoz, nacido en la ciudad de Guatemala en 1855, era uno de los sobrevivientes de la expulsión de Nicaragua en 1881, pues por continuar sus estudios iniciados en el Colegio Seminario de Guatemala había sido enviado a estudiar con los jesuitas expulsos a León, donde decidió ingresar al Noviciado. Pero sólo un año logró dirigir la Arquidiócesis de Guatemala pues fue expulsado por el gobierno liberal de José M. Orellana, por lo que hubo de vivir un tiempo exilado en el Seminario de San Salvador así como en el Colegio de Granada, hasta que fue nombrado por el Papa Pío XI, Visitador apostólico de las Misiones de Colombia, en cuya tarea murió en 1927 en Bogotá.

Con Mons. Muñoz llegó a Guatemala un ex-jesuita nicaragüense, el P. Rafael T. Cano, a quien nombró capellán del Templo de La Merced en la capital, con el único deseo de preparar y asegurar en su momento el traspaso de dicho templo a la Compañía de Jesús, cuando fuera el momento oportuno para el retorno. Esto explica el que con relativa frecuencia algunos jesuitas del Seminario de San Salvador viajaran a Guatemala para colaborar con las actividades religiosas de dicho templo. En 1923 el P. Cano restableció el Apostolado de la oración y la devoción a los santos de la Compañía y trajo con frecuencia a predicar al P. Rafael Ramírez del Seminario de San Salvador.

En 1936 hubo un nuevo intento de establecerse en Guatemala cuando el P. Rafael Soto comenzó a dar Ejercicios, en la ciudad, pero el clima se volvió desfavorable pronto. Al fin, el Presidente Ubico, tras una larga conversación con el nuncio Mons. Alberto Levame, en el chalet *El Morlón*, cerca de Amatitlán, accedió a que un número limitado de jesuitas pudieran ingresar al territorio de Guatemala para hacerse cargo del Seminario. Y así ingresó en el país el primer grupo de jesuitas integrado por los PP.

Félix Areitio y Pedro Eguibar además de los maestrillos Carmelo Sáenz de Santamaría y José María González.

A modo de conclusión

Concluyo con un breve balance provisional de estos casi 25 años de presencia jesuita mexicana en Centroamérica en los inicios del siglo XX.

Lo primero, por deber de honestidad para con el pasado es reconocer la generosidad, valentía, en algunos casos hasta intrepidez, de esta generación mexicana e internacional que supo entregar su vida en Centroamérica. Para todos ellos, se trataba de un territorio desconocido; la mayoría de ellos habían soñado trabajar y morir en México, pero las complejas circunstancias político-religiosas de la Revolución, les obligaron a postergar su sueño. Para quienes eran de origen europeo, fue obligado emprender un nuevo proceso de inculturación americana; los mexicanos vivieron siempre mirando con ávido interés, - y sin duda nostalgia, - los eventos de su querida tierra, pero eso no les impidió entregarse con afán y creatividad a las tareas que pedía su presencia en Centroamérica. Cuando ya en los años 40 el retorno parecía más factible, un importante número de ellos prefirió incluso concluir sus días en las obras y comunidades que habían puesto en marcha en El Salvador y Guatemala. No pocos jesuitas que hoy forman parte adulta de la Provincia de Centroamérica recuerdan su presencia y ejemplo. Honor a quien honor merece hoy que celebramos los cien años de este proyecto misionero.

Los Provinciales mexicanos, el gobierno de Roma inclusive, pensaron desde el principio que no convenía asumir instituciones o proyectos que hipotecaran la presencia jesuita en Centroamérica, pues consideraban que el retorno a México podía darse pronto y no era oportuno establecer compromisos permanentes ante un futuro incierto. Sin embargo, - Dios tiene sus misteriosos caminos, - los jesuitas de la Provincia mexicana, tanto en El Salvador como en Nicaragua pusieron bases institucionales bastante sólidas sobre las que se edificaría primero la Viceprovincia y posteriormente la Provincia de Centroamérica.

He ahí una gran diferencia con respecto al trabajo de sus predecesores los jesuitas en la Colonia y en el siglo XIX. Las obras de los jesuitas en la época colonial antes de la supresión, tanto en Guatemala como en Panamá pronto pasaron al olvido

tras la expulsión de la Compañía. Algo así como lo que ocurrió con los edificios que ocuparon, los de Guatemala destruidos por el devastador terremoto de 1773, los de Panamá por el trágico incendio de 1781. Por otra parte, en los días de la restauración de la Compañía, el inmenso trabajo misionero de aquella generación de exilados del siglo XIX, ciertamente meritorio, desapareció, pues la compleja situación política les impidió establecer instituciones duraderas. Solo el ejemplo heroico de sus vidas y el recuerdo de sus obras y escritos nos acompañan en el presente. Sin embargo, el trabajo apostólico de la primera generación de la Compañía mexicana del siglo XX puso sin duda bases sólidas para el futuro que los jesuitas centroamericanos, españoles y norteamericanos heredaron a mitad del siglo pasado.

¿Qué tipo de bases apostólicas? Diría que son dos las principales, la apuesta por la educación y la integración en la vida eclesial de nuestros países.

Ante todo, es importante reconocer que el trabajo de los jesuitas mexicanos se circunscribió a dos países, El Salvador y Nicaragua, con esporádicas estadías en Honduras, Guatemala y Costa Rica. Ni las circunstancias políticas, ni el número de sujetos con los que la Misión Centroamericana contaba, permitían extenderse más. En Guatemala, que con frecuencia atravesaban en sus viajes a México, lo intentaron en varias ocasiones, contando incluso con el apoyo de la Jerarquía y de un sector del clero que había sido formado en el famoso Colegio Seminario, por la generación del siglo XIX, pero no lo pudieron lograr.

El primer pilar que esta generación cimentó para el futuro fue la apuesta por la educación. En un territorio aplastado por la pobreza, el retraso cultural y la falta crónica de comunicación con el resto del mundo, las aulas de los jesuitas constituyeron una ventana abierta tanto para muchos jóvenes laicos que posteriormente accederían al ejercicio de una profesión, como para no pocos clérigos que se formaron en el Seminario de San José en El Salvador y más tarde en Guatemala. Los jesuitas mexicanos creían en la educación, más en la de los laicos, y apostaron no solo por darle continuidad a su trabajo educativo, sino hondura y calidad pedagógicas. No escatimaron esfuerzos a la hora de construir laboratorios de ciencias, de reunir Bibliotecas y museos, de transmitir el aprendizaje de las lenguas clásicas y modernas,

preparar a los jóvenes para las ciencias exactas y las artes. Supieron también hacer de Centroamérica, a la que más y más descubrían al paso de los días, una materia de estudio en su enseñanza, revalorizando sus riquezas naturales, redescubriendo su geografía, valorando su historia. Hasta a las divinidades del pasado precolombino, dedicaron un patio en el inmenso Colegio de Granada, con los famosos “ídolos” toltecas traídos por el cónsul Squier de la isla Zapatera.

Educar no era para ellos simplemente transmitir los contenidos que muchos de ellos habían aprendido en las escuelas mexicanas y europeas. Fue también compartir valores, descubriendo los mejores de la cultura mesoamericana que ellos bien conocían, apreciar la importancia de la fe como motor del cambio personal, familiar y social e introducir en las mejores convicciones y hábitos de la vida cristiana a los jóvenes que educaron, los cuales guardaron siempre un hermoso recuerdo del paso por la educación jesuita. Hasta los hijos de los Presidentes que los miraban con recelo, fueron educados en esas aulas!.

Pero los jesuitas mexicanos no quedaron reducidos a las aulas de sus colegios y Seminarios. En los fines de semana, sobre todo en las vacaciones y de un modo permanente en las Residencias de Santa Tecla, Xalteva y Managua, siempre que podían recorrían las comunidades rurales y suburbanas de las ciudades cercanas para evangelizar, preparar a los fieles y distribuir los sacramentos, formar a la comunidad cristiana y acompañar la fe del pueblo. Algunos como el P. Rongier, incluso en territorios distantes como los de Chontales, la costa atlántica o las zonas de población guatusa en territorio costarricense.

No sólo fueron catequistas creadores de hábitos y prácticas religiosas en las comunidades cristianas; también establecieron multitud de asociaciones, congregaciones y organizaciones de iglesia en las que laicos y laicas participaban, muchos de ellos de origen social humilde. Con el aprecio a los mejores valores de la fe latinoamericana, supieron valorar y rescatar la religiosidad popular y edificar desde ella convicciones profundas de fe en las personas y familias.

En esta tarea evangelizadora no fueron protagonistas solitarios: supieron integrarse con la Iglesia local que por eso les profesó siempre un especial aprecio. Fueron un apoyo de calidad en la

formación del clero, en la actualización teológica y pastoral de las Diócesis y de sus agentes, en el servicio disponible a las solicitudes de los Obispos que mostraron siempre una gran confianza para con la Compañía.

Tal vez les faltó descubrir y profundizar más en la dimensión social de la fe o se lo impidió un cierto “síndrome” de persecución religiosa de la izquierda que muchos de ellos habían vivido en sus países de origen y que les dificultó abrirse hacia otros modos de pensar la vida ciudadana y política. No contaban aún con el bagaje teológico del Vaticano II que poseyó la generación que les sucedió ni tampoco con el desarrollo del pensamiento teológico propio de América Latina que surgiría veinte años después. Sólo poseían la base clásica de su teología de cuño europeo, muy marcada por el Vaticano I y con el único complemento de las recientes Encíclicas sociales, las que sin duda conocieron y explicaban.

En todo caso, estos hombres nunca escatimaron esfuerzos personales e institucionales para responder a los retos y necesidades que percibían en nuestros países, su segunda patria. Y esto porque amaban su vocación de jesuitas con una fidelidad que había sido forjada por un largo pasado marcado por la persecución, el destierro, la dispersión y en algunos casos, como Miguel Agustín Pro, maestrillo en 1921 en el Colegio de Granada, por el futuro martirio.